

trar en el "Capitan," no porque este deseo entrañe sentimiento ninguno de loca vanidad, que nunca, por fortuna, he sentido, sino porque así corresponderia al anhelo que tengo en presentarte la produccion menos imperfecta de mi limitado talento.

Recíbelo, pues, querido amigo, no como obra digna de estima por su mérito literario, que es ninguno, sino como prueba sincera de desinteresado aprecio, de gratos recuerdos y de franca y leal amistad.

México, Noviembre 1º de 1864.

*Niceto de Zamacois.*

## CAPITULO I.

La confidencia.

ESTAMOS en 1845 y en una de las bellísimas casas de campo de San Angel, de ese pintoresco pueblo, situado deliciosamente sobre unas colinas en forma de anfiteatro, que se eleva risueño y poético á tres leguas de la grandiosa capital de México, presentando, con deliciosa cortesanía, las deliciosas campiñas y fértiles huertas que forman el matizado traje con que le engalanó la exuberante naturaleza.

El edificio en que van á dar principio las primeras escenas de nuestra historia, se levantaba magnífico y airoso, como uno de

esos palacios de hadas, que parecen desprenderse de la tierra para perderse en el éter con fantástica sublimidad.

Servíale de entrada una espaciosa portada de orden dórico con elegante puerta y enverjado de fierro con exquisito gusto labrada. A la izquierda descubriase una casita pintoresca, pintada de encarnado, donde el entendido arquitecto había sabido colocar diestramente, aunque ex-profeso, el aire rústico que debía distinguirla; y en seguida se presentaba una hermosa calzada, sombreada por los copudos fresnos y sonantes chopos que á uno y otro lado levantaban su tupido follaje, proyectando una elevada bóveda que conducía á un despejado terrado circular, donde se destacaba esbelto el elegante edificio.

Sostenía el segundo cuerpo de esta deliciosa casa, un peristilo corintio con enlosado de mármol de Génova; y al lado izquierdo y derecho, que daban entrada al edificio, se descubrían dos magníficos pórticos, también corintios, en que el artista había dejado escrita una página honrosa

que le colocaba entre los mas distinguidos arquitectos de la antigüedad.

El espacioso patio de este, que bien merecía ser llamado palacio, estaba cerrado por una bóveda de cristal, y las anchas galerías que dentro de él se encontraban, se veían sostenidas por elegantes columnas de jaspe de colores en que el arte supo dejar satisfechas las exigencias del pensamiento.

En los ángulos de este despejado patio, de cuyo techo pendía una rica araña de luciente cristal, admirábanse cuatro esculturas de mármol del tamaño natural y de sobresaliente mérito, que hubiera envidiado el mismo Lisipo, sostenidas sobre bellísimos pedestales de la misma materia.

Enfrente, y dejando á izquierda y derecha dos descansadas escaleras de mármol blanco que conducían á la parte alta del edificio, se elevaba una preciosa puerta de vidrios de variados colores que daba entrada á una extensa huerta cultivada con el mayor cuidado y con el mas delicado acierto. Allí, cercado de un delicioso balaustre con finas barandillas de fierro, manifestába-

se un profundo estanque, en cuyas dormidas aguas, perfumadas por el dulce azahar de los naranjos que á su derredor crecian, jugueteaban millares de peces de pintadas escamas que cruzaban en todas direcciones.

Cerca de este sitio, y atravesando una calle de chirimoyos y limoneros, cuyo delicado aroma, volaba en alas de una brisa primaveral, se ostentaba una gran pajarera con faisanes dorados y otras exquisitas aves de brillante plumaje, traídas de Asia, Africa y Europa.

En medio de un delicioso parterre, cubierto de las mas exquisitas flores, veíase, á flor de tierra, otro cristalino estanque, en cuyas abundantes aguas, se bañaban magistuosamente los candidas ánsares, los cálidos patos, y unos blancos cisnes de Inglaterra, cuyo extraño graznido formaba pronunciado contraste con la belleza de sus formas y con la gallardía de su nevado cuello.

Junto á este estanque, y sentadas en uno

de los elegantes bancos de piedra que le circundaban, se veian dos personas de un mismo sexo, aunque de diversa edad.

En las frescas mejillas de la una, brilla el nacarado color de la naciente rosa al recibir los primeros albores de la aurora: en sus ojos negros, grandes y rasgados, velados por largas y sedosas pestañas, se descubria la mirada melancólica y tierna de un corazon noble y sensitivo que esprime bondadoso los afectos mas íntimos del alma; en los frescos y carmíneos labios de una boca perfecta, vagaba una de esas sonrisas dulces por su misma melancolía, interesantes por la pureza que entrañan, indefinibles por el espiritualismo que las rodea, y elocuentes porque forman el idioma mudo pero expresivo del sentimiento: en su blanco y ovalado rostro, bello y simpático como el de la casta esposa de José que nos pinta Rafael en su divino cuadro llamado La Perla, extendíase suavemente esa leve sombra que externa dulcemente el oculto dolor de un pecho virginal y sin mancilla: sus finas cejas, negras y arqueadas, destacán-

HE  
dase sobre el blanco mate de una frente espaciosa y limpia, dejaban adivinar en su despejada franqueza, los pensamientos nobles y elevados de una inteligencia privilegiada que se revelaba en las formas perfectas de una elegante cabeza velada de negra, suave y abundante cabellera, recogida en gracioso peinado: en sus pequeñas y torneadas manos, blancas como el ampo y finas como la seda, sostenía negligentemente una sencilla y elegante sombrilla, cuyo mango de marfil cedía en blancura á los delicados dedos que distraidamente lo acariciaban: su pié pequeño, de elevado empeine y de perfecta hechura, estaba calzado por un zapato de raso negro que contrastaba notablemente con la nevada seda de una media exquisita: un vestido de gasa azul de airoso corte, envolvía las mórvidas formas de un cuerpo aéreo y esbelto como el de Venus al nacer de la blanca espuma de los mares, vaporoso y encantador como las concepciones de un poeta, noble y airoso como el de Minerva al brotar de la fecunda cabeza de Júpiter. Era una de esas per-

fectas hermosuras, blancas, de cabos negros, que exceden á lo creible y realizan lo ideal: uno de esos tipos seductores que embellecen el rico país de Moctezuma; dulces como el cielo de su patria, tiernas como las embalsamadas brisas de sus vírgenes florestas, puras como los límpidos arroyos de sus escondidas selvas, sensitivas como la flor de este nombre, y hermosas como el ángel de la esperanza que sonríe al enamorado jóven en sus ensueños de ventura.

¡Bellas descripciones de poeta!—exclamarán algunos—¡seres ideales, hijos de una imaginación que se alimenta de ficciones y á quienes la ilusión presta sus colores y sus formas! ¡Heroína de novela que, como todas las de igual linage, reasume en sí sola, al par de las perfecciones físicas, las más altas virtudes!

Pero ¿han existido y existen esas privilegiadas criaturas de seductoras formas, cuyo celestial conjunto apenas bosquejaría el más diestro pincel de celebrado artista, y que la elocuente pluma del mismo Homero

dudaría abrazar la difícil misión de describirlas? Sin duda alguna.

En el largo catálogo de la gran familia humana hay seres privilegiados en quienes Dios ha vertido el inagotable manantial de su benevolencia y de sus dones, y que desuellan sublimes, tiernos y apacibles como el astro misterioso de la noche entre las fulgentes estrellas que bordan el rico pabellón del cielo: son las perfumadas y pintadas rosas que elevan su purpúrea y virginal corola en medio de las multiplicadas flores de un risueño pensil: el poeta las escoje, y forma de las mas bellas y exquisitas, el delicado ramillete que anhela presentar al mundo.

Esto es lo que yo he practicado con la heroína de mi novela: era uno de tantos hermosos lirios esparcidos en el vasto jardín del mundo: lirio sorprendente, pero que ha existido realmente.

Admirador de su fragancia y hermosura, yo no he hecho mas que elegirlo para formar con otras flores, el desaliñado ramo de mi pobre y humilde concepcion.

Junto á este ángel, en quien las auras de diez y seis tranquilas primaveras habian contribuido al desarrollo de todos sus hechizos, se encontraba una hermosa mujer de treinta y cinco años, de aire melancólico y tierno, de fisonomía llena de dulzura y de expresion. Dejábanse ver en su noble rostro ligeras y suaves sombras, severos denunciadores de tiernos y melancólicos recuerdos: el tiempo habia disminuido en algo la suavidad de su delicado cutis, pero no le habia podido despojar de un suave y purpúreo color que conservaba aún toda la frescura juvenil, como conservan su brillante colorido, al través de los siglos, los bellísimos cuadros de Rafael y de Murillo: en sus negros ojos, bellos y apacibles, se retrataba toda la dulzura de un alma que cifra toda su felicidad en esa satisfaccion interna, inefable, que experimenta el justo tras la práctica de una buena accion: su cuerpo, de agradables formas, conservaba toda la flexibilidad y morvidez de los floridos años: sus manos, esa parte en que distingue el hombre observador el nacimiento y educa-

cion de la persona á quien habla, dejaban ver su alto nacimiento y la selecta escuela de sus principios: su traje, aunque de valor y cortado á la moda, era sencillo en sus adornos y de un color que cuadraba perfectamente con el carácter y edad de la persona que lo llevaba: aspecto, mirada, modales y movimientos, todo era noble y agradable en este sér que, si no estaba en la edad en que la mujer descuella la fuerza de todos sus hechizos, conservaba aún el suficiente mérito para poder inspirar afectos profandamente amorosos.

A juzgar por la gentileza de su cuerpo y la perfeccion de sus facciones, aquella mujer debió haber sido muy hermosa: tan hermosa sin duda como la encantadora jóven que estaba á su lado, cuya alabastrina mano estrechaba con cariño maternal en la suya, y en cuyo apacible rostro tenia fijos los ojos con un interes mezclado de ternura y de compasion que predisponia en el instante en su favor.

Entre aquellos dos séres que se hallaban uno en el oriente y otro en el cénit de la

vida, habia tal semejanza, tal aire de familia, que quien por primera vez llegaba á verlas, las tomaba por madre ó hija.

Sin embargo, la de mas edad de aquellos dos ángeles nunca habia sido casada, y aunque la jóven habia sido expuesta recién nacida á las puertas de la casa de un hermano con quien vivia, á la cual se la trataba como á hija, y se le habia dado una educacion esmerada, nadie puso en duda jamas su virtud, ni mancilló su buen nombre con injuriosas sospechas: tan distante la ponía su conocida virtud, de la bastarda maledicencia del vulgo siempre suspicaz, malicioso y murmurador.

Su cariño hácia la jóven, jamas se tradujo ni se interpretó de una manera que pudiese empañar el limpio lustre de una reputacion por nadie desmentida.

Su mismo hermano, hombre altamente celoso de la honra de sus mayores, á pesar del amor sin límites que le veia consagrar á aquella seductora niña, jamas dió entrada, ni remotamente, á la mas ligera sospecha que envolviera un pensamiento ofensi-

vo á la virtud del sér que llevaba su mismo apellido y su misma sangre.

En la idéntica semejanza de aquellos dos séres, no veia otra cosa que los efectos de la casualidad de que tantos ejemplos nos presenta la caprichosa y fecunda naturaleza.

Así como en el vasto catálogo de la familia vegetal se encuentran plantas parecidas en la forma, aunque de distinta especie, así en la larga lista de la gran familia humana, se ven con frecuencia individuos iguales en fisonomía y aun en ideas y modales, pero distintas, sin embargo, en procedencia y nacimiento.

Pero no es esto solo; la educacion igual, el trato frecuente con las personas con quienes se vive, la tendencia natural que nos obliga á imitar todo lo que en ellas vemos de agradable, sin saber nosotros mismos que los imitamos, nos hace adquirir de tal manera sus modales, su gesticulacion, sus movimientos, la manera de vestirnos, de accionar, y hasta de expresarnos, que todas estas circunstancias reunidas concur-

ren á darnos cierta identidad recíproca que fácilmente se atribuye á origen de familia.

Pero ninguna de estas ideas habia cruzado por la mente de aquel hombre á quien, mas que á otro alguno, interesaba la honra de su hermana.

Don Emilio, que este era el nombre del que amparó á la inocente expósita, se constituyó en un verdadero padre, y se hizo cargo de ella con la benevolencia y afabilidad que caracterizan á las personas bien nacidas de América.

Don Emilio era solo; no tenia mas familia que su hermana, entonces jóven hermosa, y dotada, como él, de un corazon tierno y compasivo.

Ambos, pues, acogieron á la niña como á un ángel que Dios les enviaba para que velasen cuidadosos su existencia.

La niña fué mirada desde entonces como hija, pero como hija idolatrada, en quien sus amorosos padres cifran el encanto de su vida.

Su educacion, desde que tuvo edad para recibirla, fué esmerada; y tal fué el tesoro

de virtudes y de hermosura que desplegó bajo el influjo de entendidos maestros y á la sombra benéfica de la que se habia constituido en cariñosa madre, que D. Emilio abrazó la idea de no contraer jamas matrimoniales lazos, sin que le impulsase á tomar resolucion tan extraña otro objeto que el de no privar á su hija adoptiva de los cuantiosos bienes que poseia, y de los cuales se habia propuesto dejarla por heredera única.

He aquí trazados á grandes rasgos, hasta el instante en que principian los acontecimientos que vamos á narrar, los caracteres de los tres personajes que van á jugar un papel principal en nuestra historia.

La noble mujer y la simpática jóven continuaban sentadas, como llevamos indicado, junto al pintoresco estanque: la segunda, miraba distraida y como enajenada por un pensamiento profundo, la tersa superficie del agua, plateada en aquel instante por los primeros rayos del sol y cubierta de multitud de peces de variados colores que cruzaban en todas direcciones, en tanto

que la primera no apartaba la vista del apacible rostro de la hermosa jóven á quien contemplaba con interes maternal.

Absorta cada cual en la idea que le dominaba en aquel instante, parecian dos estatuas que representaban la dulce benevolencia estrechando cariñosa la mano de la melancolía.

—¿Qué tienes, hija mia?—dijo por fin la hermosa mujer con amoroso acento, rompiendo el silencio en que estaban sumergidas.—Dias hace que advierto en tu semblante el tinte del pesar y de la tristeza, y esto me tiene inquieta: ¿te sientes mala? dí-melo por Dios.

—No, madre mia; no tengo nada: tal vez el exceso del cariño que vd. me profesa, le hace ver en mi fisonomia lo que en realidad no existe.

—Sí, te quiero mucho: te quiero tanto como una madre tierna ama al único sér que tiene en el mundo.—Dijo la hermosa llevando á su corazon la mano de la jóven que no soltaba de las suyas.—Pero no es, Clotilde hermosa, el exceso del amor el



que me engaña; por el contrario, él es quien me hace notar lo que al ojo del indiferente pasaria desapercibido.

—Yo estoy contenta, muy contenta.

Contestó Clotilde, tratando de sonreírse; pero dos lágrimas que asomaron á sus ojos hicieron traicion á sus palabras.

—¡Contenta, y lloras!

—¡Madre mia!....

Y la jóven reclinó su seductora cabeza en el seno de la cariñosa protectora para ocultar su dolor.

—No, Clotilde; tú padeces y me ocultas algun secreto que te mata: el llanto es la sangre del corazon, y solo hay lágrimas cuando el corazon está herido por el pesar, ó por el amor.

La jóven se estremeció como el enfermo al tocarle con la máquina eléctrica: su amiga advirtió aquel movimiento que implicaba una confesion, y leyó en él todos los secretos que la triste huérfana trataba de ocultar en el fondo de su alma.

—Tu emocion te denuncia, hija mia. Añadió la amable protectora acariciando la

suave cabeza de su protegida que contestó abatida.

—¡Cree vd., señora, que yo....

—Sí, Clotilde: creo que tu corazon está herido; pero sé tambien que esas heridas son menos dolorosas cuando se muestran á la amistad que puede verter sobre ellas el bálsamo consolador del cariño y de la compasion.

—¡Oh! sí: las penas confiadas á una amiga deben descargar el pecho del horrible peso que le oprime y le ahoga. ¡Cuán feliz la que cuenta con una amiga!

—¡Ingrata!.... ¡Y no tienes tú una que daría gustosa por tí su sangre y su vida...?— Dijo tristemente conmovida la bondadosa mujer.— ¡Hay alguién en el mundo que sea capaz de amarte como yo te amo....? ¡Echas de menos una amiga cuando tienes á tu lado á la mujer que solo piensa en tu felicidad y en tu ventura!....

—¡Ah!.... perdóneme vd.: tiene vd. razon: vd. es cuanto hay que ser para mí en la tierra, mi amiga, mi compañera, mi madre....!

La hermosa dama la estrechó en sus brazos con una emoción de amor indefinible, y exclamó con acento conmovido.

—Sí, tu madre: tu madre que no tiene mas placer que tus caricias, que tu confianza, que tu amor. ¿Y temes aún abrir tu corazón á la que le das tan dulce título?

La jóven vaciló un momento, y por toda respuesta le apretó la mano en señal de gratitud.

—Vamos—continuó la excelente señora—no me ocultes la verdad. ¿Miras con repugnancia al hombre que se ha dirigido á mi hermano pidiéndole tu mano?—Clotilde dudó otro instante.—Quiero que me le digas con franqueza; con la franqueza con que se confía un secreto á una amiga que solo anhela nuestro bien.

—¿Usted lo exige, Doña Inés?

—Yo.... te lo suplico: y te suplico tambien—dijo besando la frente de la jóven—que no salga de tus labios para mí en lo sucesivo sino el nombre dulcísimo de madre.

—Pues bien, madre mia: toda vez que vd. anhela que le abra mi alma, deber mio

es confesarle á quien ha formado mi corazón, lo ha alimentado con saludables máximas y le ha enseñado á obrar siempre con rectitud cristiana que....

Clotilde se detuvo temiendo desagradar á su protectora con lo que iba á decir.

—Continúa, hija mia, continúa:—exclamó Inés tratando de vencer la timidez de la huérfana!—Decias que....

—Que el señor Daval no me inspira el menor afecto agradable.

Exclamó Clotilde haciendo un esfuerzo extremo, y dejando ver en sus mejillas el carmin del virginal pudor.

—Lo sospechaba así.

—¿Y lamenta vd., madre mia—prosiguió la jóven alentada por las palabras de Inés—que no tenga hácia ese hombre, la simpatía y el cariño que serian indispensables para corresponder á su amor?

—No, querida Clotilde: antes me llena esa repugnancia de satisfaccion, porque así veo que marchan uniformes lo mismo nuestros sentimientos que nuestros gustos.

—¡Ah! vd. me abre las puertas de la felicidad, y vierte en mi pecho la consoladora esperanza que lo ensancha y arroja de él la pesada carga del dolor que le oprimia.

—¿Y tendrás aún secretos para mí? ¿Lamentarás la desgracia de no tener una amiga á quien confiar tus penas cuando yo me encuentro á tu lado...?

—¡Nunca, nunca, madre mia!

—¿Y crees que siempre tendrás hácia el señor Duval la misma antipatía que hoy te obliga á temer este enlace que proyecta mi hermano?

—Siempre; pero sabré vencerla si es preciso, para pagar, aun á costa de la felicidad de toda mi vida, los favores que debo al que hasta hoy me ha servido de padre. Mi deber es estar dispuesta, como lo estoy, á no tener sobre este asunto mas voluntad que la suya, y no titubearé en sacrificar mi reposo á su voluntad.

Y la jóven se cubrió el rostro, para ocultar su dolor, con el pañuelo blanco que llevaba en la mano, semejando en su hermosura y actitud al númen de la Honestidad, á

quien nos pintan los poetas cubierta de un velo en ademan de llevar el dedo índice á la cara, para indicar que nada tenia de que avergonzarse.

Inés comprendió todo el valor que encerraba aquella heróica resolucion, que solo la mujer tiene la suficiente virtud para cumplirla; y exclamó con dulzura.

—Muy digna es de tí esa contestacion; pero yo no trato de consultar con tu gratitud sino con tu corazon.

—El deber hácia quien me recogió en mi abandono, es sagrado para mi, madre mia.

—¿Y juzgas que no es mas sagrado el deber hácia Dios?

—¿Y acaso lo pospondria yo llenando el deseo de mi padre?

—Sí; porque Dios nos ordena que no juremos contra lo que nos dicta la conciencia, y al jurar tú que contraias por tu voluntad unos lazos que repugnaba tu corazon, faltabas á la verdad ante Dios que leía en el fondo de tu alma.

Clotilde levantó la cabeza como el girasol al sentir los benéficos rayos del astro

bienhechor del día; aquellas palabras penetraron dulcemente en su corazón como las gotas del rocío en el cáliz de la purpurina rosa al abrir su delicado botón: las densas nubes de los falsos deberes humanos que oscurecían el grato porvenir de su vida, se desvanecieron de repente ante los vivos rayos de la obligación de conciencia, en armonía, por fortuna entonces, con los sentimientos de la naturaleza. Vió en aquella mujer, no ya solo una dulce amiga á quien confiar sus penas y sus lágrimas, sino al número de la Felicidad, cuya benéfica mano era el caduceo que la reconciliaba con la vida, y su bello corazón el cuerno de la abundancia henchido de benevolencia, de cariño y de compasión hácia ella.

En el apacible rostro de la jóven, velado hasta entonces por la profunda tristeza y el dolor, brilló el expresivo tinte de la dulce confianza: en sus bellos ojos, humedecidos poco hacia de abundantes lágrimas, apareció la luz del placer y de la inteligencia, brillante cual los ígneos rayos del sol después de la terrible tempestad: en su peque-

ña boca, envidia de los claveles y de las rosas, vagó seductora la sonrisa de los ángeles; y sus labios, frescos como el rocío entre las flores, y encendidos como la flor del granado, se entreabrieron dulcemente, dejando percibir una perfecta hilera de menudos dientes, émulos de las perlas en el brillo, y en lo blancos afrenta de la nieve.

—¡Cuán buena es vd., madre mia....!

Exclamó Clotilde con emoción profunda, echando sus ebúrneos y torneados brazos al nevado cuello de la hermosa Inés, y colocando en su frente uno de esos ósculos que envuelven todo el sentimiento de un corazón agradecido: uno de esos besos llenos de mística dulzura que descienden al alma como el celestial maná que la embriaga y la alimenta.

—Bien, hija mia: no quiero analizar las causas de tu repugnancia hácia el señor Duval. Por mi parte nunca lo he juzgado digno de tu mano; y si no te he manifestado hasta ahora la antipatía que me inspira, ha sido porque temía causarte un disgusto si acaso le amabas.